



Lucio Anneo
SÉNECA
Instituto de Estudios Clásicos
sobre la Sociedad y la Política

“RES PUBLICA LITTERARUM”
DOCUMENTOS DE TRABAJO
DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN ‘NOMOS’

2005 – 10

D.L. M-24672-2005
ISSN 1699-7840
Autor: Instituto Lucio Anneo Séneca
Editor: Francisco Lisi Bereterbide

EL EMPERADOR Y EL ANTICRISTO: LA PROPAGANDA POLÍTICA EN EL SIGLO XIII*

Fulvio Delle Donne
Università di Napoli “Federico II”

En esta ponencia vamos a hablar de Federico II de Suebia, de hecho, el único emperador del siglo XIII. Quizá sea oportuno fijar algunas coordenadas históricas. Para empezar, cabe decir que Federico nació el 26 de diciembre de 1194 en Jesi (Italia), del emperador alemán Enrique VI y de la normanda Constanza de Altavilla, heredera del reino de Sicilia.

Pero en este punto debemos ya detenernos. Nos habíamos propuesto fijar unas coordenadas históricas; sin embargo, incluso las coordenadas más banales y descontadas, como las relativas al nacimiento, al hablar de Federico, se hacen complicadas. Porque para este personaje no es fácil establecer el límite entre la historia y el mito, la verdad y la propaganda. En efecto, en torno a la figura de Federico II, todavía antes de su nacimiento, comenzaron de inmediato a aunarse tantas expectativas, a reunirse tantas leyendas, que se hizo casi totalmente imposible de identificar en sus rasgos reales y auténticos.

Tal vez nunca como en el caso de Federico se hace inmediatamente evidente el que el conocimiento histórico, lejos de poderse definir dentro de la categoría unívoca y absoluta de “objetividad”, no es más que la interpretación, necesariamente “parcial”, de unas fuentes que no pueden y no quieren decirnos *toda la verdad*¹.

Nos hemos detenido, pues, en el nacimiento de Federico, un evento que los contemporáneos saludaron enseguida como “excepcional”. Tras nueve años de matrimonio infecundo, Enrique VI, emperador de la dinastía sueba, y Constanza de Altavilla, heredera de los soberanos normandos de Italia meridional, engendraron su primer y único hijo, aquel Federico que todo el orbe cristiano reconocería como el César profetizado en los vaticinios, en el emperador que llegaría para cumplir los tiempos², el que – según la predicción de la Sibila Tiburtina – volvería a unificar Oriente y Occidente³; o el Anticristo, la bestia demoníaca portadora de terribles calamidades apocalípticas⁴. Su nacimiento no vino anunciado por signos prodigiosos,

* Traducción en español por Laura Calvo.

¹ Sobre la cuestión cfr. *Theorie der Geschichte*, I, *Objektivität und Parteilichkeit*, ed. R. Koselleck, W.J. Mommsen, J. Rüsen, München 1977.

² GOTIFREDUS VITERBENSIS, *Gesta Heinrici VI*, en *Monumenta Germaniae Historica*, (MGH, SS), XXII, ed. G. Waitz, Berlin 1872, p. 336, vv. 95-96.

³ GOTIFREDUS VITERBENSIS, *Pantheon*, MGH, SS, XXII, ed. G. Waitz, Berlin 1872, p. 146.

⁴ *Breve Chronicon de rebus Siculis a Roberti Guiscardi temporibus inde ad annum 1250*, en *Historia diplomatica Friderici secundi*, ed. J.L.A. Huillard-Bréholles, (HB), I, p. 892: «erit inter capram laniandus et non ab-

como los que adelantaron la llegada de Octavio Augusto⁵, pero no dejó de proporcionar el material para la creación de esas leyendas que siempre acompañan los acontecimientos que en cualquier época aglutinan las alegres esperanzas y los miedos ancestrales. Constanza se había casado con Enrique (mucho más joven que ella), ya bastante entrada en años, ya había dado a luz cuando ya comúnmente se la consideraba anciana⁶. Ello contribuyó a que se difundiera el rumor – del que se hace eco también Dante (*Par.*, III, 113 ss.) – de que su tardía boda le había sido impuesta a la fuerza, tras arrancarla del estado claustral⁷; y que el pequeño no había procreado por la pareja imperial. Por un lado hubo quien dijo que Federico era hijo de carnicero⁸, o incluso del demonio⁹; por otro, quien, para contrarrestar la habladuría según la cual Constanza había simulado el parto, afirmó que había sido engendrado en una plaza pública bajo una tienda de campaña¹⁰, sin darse cuenta, por otra parte, de que ello podía generar, a su vez, interpretaciones apocalípticas, ya que en algunas representaciones tardo medievales, la madre del Anticristo paría en la escena¹¹.

¿Porqué se generaron esos rumores? Con mucha probabilidad, se trata de elaboraciones tardías, posteriores a la muerte de Federico II, pero sus raíces se remontan a una época mucho más antigua. Y para comprenderlo, debemos remontarnos sobre todo a Pedro de Éboli, quien en su *Liber ad honorem Augusti*, dedicado a Enrique VI, celebró el nacimiento de Federico II, el futuro emperador (*Particula XLIII*, vv. 1363-94). Es esta la obra que, al hacerse portavoz de la expectativas místicas y teleológicas que caracterizaron el periodo entre finales del siglo XII y principios del XIII, dio principio al proceso de mitificación del que fue apodado *stupor mundi* y *immutator mirabilis*.

1372 Hic puer ex omni parte beatus erit...
 1375 Hoc speculatur Arabs, et idem suspirat Egyptus;
 Hoc Jacob, hoc Ysaac a Daniele sapit.
 O vovite puer, renovandi temporis etas...

sorbendus»; SALIMBENE DE ADAM, *Chronica*, ed. G. Scalia, Scrittori d'Italia, 232-33, Bari 1966, pp. 349, 524. Cfr. C.H. HASKINS, *Studies in the History of Mediaeval Science*, (Harvard Historical Studies, 27), Cambridge Mass. 1924, p. 254; A. PATON, *Les Prophecies de Merlin*, New York-London 1926-27, I, p. 77, II, p. 329; E. KANTOROWICZ, *Federico II Imperatore*, Milano 1976 (ed. or., Berlin 1927-30), p. 369.

⁵ Cfr. SVET., *Aug.*, 94.

⁶ Cfr. THOMAS. PATAVIN., *Gesta imperatorum et pontificum*, ed. E. Ehrenfeuchter, MGH, SS, XXII, Berlin 1872, pp. 498 s.; PANDOLFO COLLENUCCIO, *Compendio de le istorie del regno di Napoli*, ed. A. Saviotti (Scrittori d'Italia, 115), Bari 1929, pp. 75 e 80; ALBERTUS STADENSIS, *Annales*, ed. J.M. Lappenberg, MGH, SS, XVI, Berlin 1859, p. 357.

⁷ Cfr. THOMAS. PATAVIN., *Gesta imperatorum et pontificum*, ed. E. Ehrenfeuchter, MGH, SS, XXII, Berlin 1872, pp. 498 s.; *Breve Chronicon*, cit., HB, I, p. 891.

⁸ SALIMBENE DE ADAM, *Chronica*, ed. cit., p. 523.

⁹ Cfr. *Historia Sicula*, en *Rerum Italicarum Scriptores*, ed. L.A. Muratori, (RIS), 8, Mediolani 1726, p. 778.

¹⁰ Cfr. GIOVANNI VILLANI, *Nuova cronica*, ed. G. Porta, I, Parma 1990, lib. VI cap. 16, pp. 246-47; PANDOLFO COLLENUCCIO, *Compendio*, cit., pp. 79 ss.

¹¹ Cfr. H. PREUSS, *Die Vorstellungen vom Antichrist im späteren Mittelalter*, Leipzig 1906, p. 37 n. 3.

- 1381 Pax oritur tecum, quia, te nascente, creamur;
 Te nascente, sumus quod pia vota petunt;
 Te nascente, dies non celi sidera condit;
 Te nascente, suum sidera lumen habent;
- 1385 Te nascente, suis tellus honeratur aristis;
 Suspecti redimit temporis arbor opes.
 Luxuriant montes, pinguescit et arida tellus,
 Credita multiplici sorte repensat ager.
 Sol sine nube, puer nunquam passurus eclipsim,
- 1390 Regia quem peperit solis in orbe dies.
 Amodo non timeam suspecte tempora noctis:
 Per silvas, per humum, per mare tutus eo.
 Non aquilam volucres, modo non armenta leonem,
 Non metuent rapidos vellera nostra lupos.
- 1395 Nox ut clara dies gemino sub sole diescit,
 Terra suos geminos sicut Olympus habet.¹²

«Este niño será beato bajo cualquier respecto... Esto observa el Árabe, esto suspira Egipto; esto Jacob, esto Isaac aprende de Daniel. ¡O niño deseado, o era de un tiempo destinado a renovarse!... La paz nace contigo, porque con tu nacimiento nosotros mismos nos regeneramos, con tu nacimiento somos lo que piden las oraciones devotas; con tu nacimiento el día no esconde las estrellas del cielo; con tu nacimiento, las estrellas brillan de su propia luz; con tu nacimiento la tierra se cubre de espigas; el árbol recobra las riquezas de una edad suspirada. Los montes florecen, se hace fértil la árida tierra; los campos recompensan lo que se les confió en las diversas circunstancias; sol sin nube, niño destinado a no ser nunca oscurecido, quien un día brillante engendró para el mundo. A partir de ahora, ya no tendré miedo a la noche oscura: voy seguro por las selvas, por la tierra, por el mar. Las aves no temerán al águila; los rebaños no temerán al león; las ovejas no temerán al lobo feroz; la noche es luminosa como claro día iluminado por dos soles; la tierra, como el Olimpo, les cría como gemelos».

Pedro de Éboli presagia para el pequeño Federico un futuro lleno de grandes acontecimientos. En esto, la inspiración de Pedro parece derivarse de la célebre égloga IV de Virgilio,

¹² PETRI D'EBULO *Carmen de motibus Siculis et rebus inter Henricum VI Romanorum imperatorem et Tancredum seculo XII gestis*, ed. Samuel Engel, Basileae 1746; *Raccolta di tutti i più rinomati scrittori dell'istoria generale del regno di Napoli*, vol. XI, Napoli 1770 (G. Gravier); G. DEL RE, *Cronisti e scrittori sincroni napoletani editi ed inediti*, vol. I, Napoli 1845, pp. 401-56; MAGISTER PETRUS DE EBULO, *Liber ad honorem Augusti. Nach der Originalhandschrift für akademische Uebungen*, ed. Eduard Winkelmann, Leipzig 1874; PETRI ANSOLINI DE EBULO *De rebus Siculis Carmen*, ed. Ettore Rota, (RIS² 31, 1) Città di Castello 1904-1910; PIETRO DA EBOLI, *Liber ad honorem Augusti*, ed. Gian-Battista Siragusa, (Fonti per la Storia d'Italia 39, 1-2), 2 voll., Roma 1905-1906; PETRUS DE EBULO, *Liber ad honorem Augusti sive de rebus Siculis. Eine Bilderchronik der Stauferzeit aus der Burgerbibliothek Bern*, edd. T. Kölzer, G. Becht-Jördens et all., Sigmaringen 1994.

la misma que a partir de la época del emperador Constantino fue interpretada alegóricamente como antelación del nacimiento de Cristo. Pedro, en efecto, no podía no tener en cuenta esos versos en los que Virgilio invoca la protección de la “casta Lucina” para el niño: «quo ferrea primum / desinet ac toto surget gens aurea mundo» (vv. 8-9). Desde luego, no le podían ser desconocidos los versos del poeta que durante toda la Edad Media tuvo fama de mago y genio protector de la inspiración poética¹³; no podían serlo, sobre todo porque Pedro se jacta de que su escritorio está lleno de obras de los antiguos; y también porque delante de su propia obra, pone versos de Virgilio y Lucano. Pero la profecía virgiliana no ocupa todo el campo; queda espacio también para otras profecías, las más cercanas, por temas y por tiempos, al poeta de Éboli. El tono se hace de vaticinio, y el sentido se hace oscuro, trayendo inspiración de la obra de su contemporáneo, Godofredo de Viterbo. Así pues, al vaticinio virgiliano parece añadirse inmediatamente otro, con connotaciones bien diferentes: el vaticinio sibilino. Pero el cuadro de heterogeneidad de tradiciones proféticas se halla enriquecido por la tercera visión de Daniel, en la que se predice la llegada de un Mesías que liberaría al pueblo de Israel¹⁴. El mismo pueblo que Pedro de Éboli representa – no por casualidad – en las personas de Isaac y su hijo y heredero Jacob, es decir, Israel, el iniciador de la nación hebrea, igual que Federico fundaría el nuevo imperio que uniría Oriente y Occidente. Probablemente, Pedro tuvo presente la circunstancia de que, así como Federico, también Isaac fue generado milagrosamente por una mujer (en este caso, Sara), en una edad en la que no debería ser posible parir¹⁵.

Pero las profecías no están terminadas todavía. A última profecía, la más solemne, está dedicada la parte final de la *Particula*: Federico volverá a traer a la tierra la edad de oro. El mito de la edad de oro, la era feliz en los albores del mundo, cuando hombres y animales podían vivir libremente sin temerse mutuamente y sin trabajo, representa una deseo primordial del hombre, una nostalgia para algo que nunca se ha vivido, pero que, como cada utopía, se piensa posible. Se le proyecta, entonces, en un pasado primordial, para afirmar su realizabilidad, ofreciéndolo como modelo dará algo que está por llegar antes o después. Muy numerosos son las descripciones en la historia literaria, descripciones políticas, religiosas o filosóficas¹⁶. De las antiguas, Pedro de Éboli pudo leer quizá sólo las de Virgilio¹⁷ y Ovidio¹⁸, pero pudo encontrar varios ejemplos más de representación de la edad de oro en muchísimos autores medievales¹⁹. Sin embargo, en esta descripción Pedro funde, y quizá confunde, los dos tradicio-

¹³ Cfr. D. COMPARETTI, *Virgilio nel Medio Evo*, 2 voll., ed. G. Pasquali, Firenze 1967.

¹⁴ *Dan.*, IX 24 ss.

¹⁵ *Gen.*, XVIII 11.

¹⁶ Cfr. B. GATZ, *Weltalter, goldene Zeit un sinnverwandte Vorstellungen*, (Spudasmata, Studien zur klassischen Philologie und ihren Grenzgebieten, 16), Hildesheim 1967; G. COSTA, *La leggenda dei secoli d'oro nella letteratura italiana*, Bari 1972; H. LEVIN, *The myth of the golden age in the Renaissance*, London 1970; M. ELIADE, *Il mito dell'eterno ritorno*, Roma 1968 (ed. or., Paris 1949).

¹⁷ VERG., *Ecl.*, IV; *Aen.*, VI 791 ss.

¹⁸ OV., *Metam.*, I 89-112.

¹⁹ Cfr. T. SAMPIERI, *La cultura letteraria di Pietro da Eboli*, en *Studi su Pietro da Eboli*, (Studi storici dell'Istituto storico italiano per il Medio Evo», fasc. 103-5), Roma 1978, pp. 72 s.

nes culturales a las que se remontaban él mismo y toda la Edad Media: la clásica y la bíblica. Casi sin darse cuenta de la irreconciliabilidad formal de ambas, Pedro, preocupado probablemente sólo con la creación de imágenes poética y retóricamente eficaces, yuxtapone la cita de los tiempos felices en los que reinaba Salomón, con la de la mítica era en la que Júpiter y Saturno regían el mundo. Pero es la misma descripción de la época de paz venidera, la que suma y une en sí misma los caracteres procedentes de la tradición clásica y de la bíblica. El tema de la tierra que produce espontáneamente sus frutos tuvo que ser tomado de Virgilio²⁰ o de Ovidio²¹. Pero la descripción de la paz entre los animales parece que se remonta también a la profecía de Isaías sobre el vástago de Isaí: «Habitabit lupus cum agno et pardus cum aedo accubabit, vitulus et leo et ovis simul morabuntur... Vitulus et ursus pascentur, simul requiescent catuli eorum: et leo quasi bos comedet paleas»²²; «Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos... La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja». El motivo de la vuelta de la edad de oro, justo en esa época iba asumiendo significados cada más amplia y precisamente teleológicos, evocando místicamente la era del cumplimiento de la aventura humana en el mundo, y la del advenimiento del emperador del fin de los tiempos. A menudo, por lo demás, Pedro de Éboli parece remontarse a las profecías de Joaquín de Fiore, quien justo en aquellos años iba afirmando esa religiosidad más mística, esa reestructuración en sentido menos secularizado de las jerarquías eclesiásticas, que más tarde reafirmará san Francisco²³. Con seguridad habían existido contactos directos entre Joaquín y Enrique VI, el padre de Federico II, y quizás el abad «dotado de espíritu profético» – como le llamó Dante – había hecho también un vaticinio sobre el nacimiento de Federico²⁴. Así pues, cuando Pedro de Éboli (en el v. 1506) alude a la sexta edad en la que reina un emperador grande y portador de paz como Enrique y que llevaba como número de orden precisamente un seis, no se puede no pensar en una alusión, al menos superficial, a las especulaciones joaquinitas sobre los tres *status* y las siete *aetates*, el advenimiento de la última de las cuales, que coincidía además con el del tercer *status*²⁵, se consideraba inminente²⁶ y preparado por el carácter transitorio de las últimas

²⁰ VERG., *Ecl.*, IV 39 ss.

²¹ OV., *Metam.*, I 101-2.

²² IS., XI 6-7.

²³ Cfr. E.R. DANIEL, *A Re-Examination of the Origins of Franciscan Joachitism*, «Speculum», 43 (1968), pp. 671-76; R.E. LERNER, *Federico II mitizzato e ridimensionato post mortem nell'escatologia francescano gioachimita*, en ID., *Refrigerio dei Santi. Gioacchino da Fiore e l'escatologia medievale*, Roma 1995, pp. 148 ss. (ed. or. en *The Use and Abuse of Eschatology in the Middle Ages*, ed. W. Verbeke, D. Verhelst, A. Welkenhuysen, Leuven 1988, pp. 359-84); D. BERG, *L'impero degli Svevi e il gioachimismo francescano*, en *L'attesa della fine dei tempi nel Medioevo*, ed. O. Capitani y J. Miethke, Bologna 1990, pp. 133-67.

²⁴ Cfr. H. GRUNDMANN, *Federico II e Gioacchino da Fiore*, en ID., *Ausgewählte Aufsätze. Teil 2: Joachim von Fiore*, Stuttgart 1977 [MGH Schriften 25,2], pp. 220-26.

²⁵ *Expositio in Apocalypsim*, ap. Francisci Bindoni ac Maphei Pasini, Venetiis 1527, f. 9v. Cfr. B. TÖPFER, *Il regno futuro della libertà*, Genova 1992, (ed. or. Berlin 1964), p. 66.

dos generaciones del segundo *status* y de la sexta *aetas*²⁷. Para Joaquín sólo en el tercer *status* será posible, a través de la *intelligentia spiritualis*, el conocimiento directo de la verdad divina donada a los hombres por el Espíritu Santo²⁸, y se asistirá a la fundación de la *ecclesia spiritualis*²⁹. Pero en el tercer *status*, en el que reinarán la paz y la justicia, no hay lugar para el poder civil y tampoco para el emperador del fin de los tiempos: para el monje Joaquín la historia del mundo termina no con la apoteosis del imperio, sino con la de la iglesia, mejor aún, del monacato³⁰. Pedro de Éboli, pues, tuvo que tomar de otra tradición la inspiración mística para la descripción del emperador que devuelve a la tierra la paz, la concordia y el bienestar: la tradición profético-sibilina que, sobre todo a través de la mediación bizantina, tuvo una difusión extraordinaria en Occidente³¹.

El primer escrito profético de este tipo que se conoció en Occidente fue el atribuido a Seudo-Merodio³², que, dando voz a las aspiraciones de una restauración del imperio bizantino, anunciaba el advenimiento de un «rex Grecorum sive Romanorum» que vencería a los Árabes³³: de este modo «sedebit terra in pace, et erit pax et tranquillitas magna super terra qualis nondum esset facta, sed neque fiet similis illa eo quod novissima est et in fine saeculorum»³⁴.

²⁶ Cfr. B. TÖPFER, *Il regno futuro*, cit., pp. 66, 113; H. GRUNDMANN, *Studi su Gioacchino da Fiore*, Genova 1989 (ed. or., Leipzig-Berlin 1927), p. 70; R. MANSELLI, *La «Lectura super Apocalypsim» di Pietro di Giovanni Olivi*, Roma 1955, p. 95.

²⁷ *Liber concordie novi ac veteris Testamenti*, per Simonem de Luere, Venetiis 1519, II, 2, c. 7, f. 22v; *Expositio in Apocalypsim*, cit., f. 9v. Cfr. B. TÖPFER, *Il regno futuro*, cit., p. 67.

²⁸ Cfr. H. GRUNDMANN, *Studi*, cit., pp. 151 ss.; B. TÖPFER, *Il regno futuro*, cit., pp. 68 ss.; M. REEVES, *The influence of prophecy in the later Middle Ages*, Oxford 1969, pp. 16 ss.

²⁹ Cfr. M. REEVES, *The influence*, pp. 21 ss.; H. GRUNDMANN, *Studi*, cit., p. 116; E. BENZ, *Ecclesia spiritualis*, Stuttgart 1934 (rist., Darmstadt 1964), p. 46; L. TONDELLI, *Il Libro delle Figure dell'abate Gioacchino da Fiore*, I, Torino 1953², pp. 158 ss.; H. MOTTU, *La manifestazione dello Spirito secondo Gioacchino da Fiore*, Casale Monferrato 1983 (ed. or., Neuchâtel-Paris 1977), pp. 162-63, 196-214; B. TÖPFER, *Il regno futuro*, cit., pp. 75 ss.; R.E. LERNER, *Refrigerio dei santi: il tempo dopo l'Anticristo come tappa del progresso terreno nel pensiero medievale*, en ID., *Refrigerio dei santi*, cit., pp. 19-66 (ed. or. «Traditio», 32, 1976, pp. 97-144).

³⁰ Cfr. B. TÖPFER, *Il regno futuro*, cit., pp. 185 ss.; M. REEVES, *The Development of Apocalyptic Thought: Medieval Attitudes*, en *The Apocalypse in English Renaissance Thought and Literature*, ed. C.A. Patrides, J. Witreich, Manchester 1984, pp. 57-58.

³¹ Cfr. G. PODSKALSKY, *Byzantinische Reicheschatologie*, München 1972; P.J. ALEXANDER, *The medieval legend of the last roman emperor and its messianic origin*, «Journal of the Warburg and Courtauld Institutes», 41 (1978), pp. 1-15.

³² Cfr. M. KOMSKO, *Das Rätsel des Pseudomethodius*, «Byzantion», 6 (1931), pp. 273-96; E. SACKUR, *Sybillinische Texte und Forschungen*, Halle a/S. 1898, p. 57; H.D. RAUH, *Das Bild des Antichrist im Mittelalter: Von Ticonius zum Deutschen Symbolismus*, Münster 1973 (Beiträge zur Geschichte der Philosophie und Theologie des Mittelalter, Neue Folge, B. 9), pp. 145-52.

³³ E. SACKUR, *Sybillinische Texte*, cit., pp. 89, 40 s.; M.B. OGLE, *Petrus Comestor, Methodius and the Saracens*, «Speculum», 21 (1946), pp. 318-24; R. MANSELLI, *La Lectura*, cit., pp. 21-6 e *passim*.

³⁴ E. SACKUR, *Sybillinische Texte*, cit., p. 91.

Después de que este rey depositase su corona en el Gólgota, llegaría el Anticristo y el fin del mundo³⁵.

De forma similar se expresaron, a mediados del siglo X, Adsón de Montier-en-Der, pero sin detenerse demasiado en exaltar la época de la paz bajo el último emperador³⁶, y sobre todo la Sibila Tiburtina, texto compuesto en su redacción original en Bizancio en el siglo IV-V, y que posteriormente fue llevado a Occidente, donde se adaptó en su forma a las diversas situaciones y a los distintos imperativos de la propaganda política³⁷. Las profecías de la Sibila Tiburtina hallaron una grandísima difusión a partir del siglo XII, especialmente después de que Godofredo de Viterbo las hubiese incluido en su *Pantheon*. También en esta profecía, de manera no muy diferente a como lo había hecho Seudo-Methodio, se anunciaba la llegada de un «rex Romanorum et Grecorum» llamado Constante y se vaticinaba que «in illis ergo diebus erunt divitiae multe et terra abundanter dabit fructum»; «en esos días habrá muchas riquezas y la tierra dará frutos en abundancia». Este rey sometería todos los pueblos a la religión cristiana para ofrecer después su corona en Jerusalén; gesto al cual seguiría el fin del mundo³⁸.

Por lo tanto, Pedro de Éboli sin duda pudo haber leído el texto de la Sibila Tiburtina que transmitió Godofredo de Viterbo. Pero ese y otros textos apocalíptico-proféticos, tal vez también en conexión con los movimientos en pro de las Cruzadas³⁹, se habían difundido tan ampliamente y se habían radicado tan profundamente en el imaginario colectivo que resulta difícil decir si tuvo presente un texto en particular⁴⁰. Precisamente en un ambiente ligado a la cor-

³⁵ E. SACKUR, *Sybillinische Texte*, cit., pp. 93 ss.; cfr. G.C. JENKS, *The origins and early development of the Antichrists myth*, Berlin-New York 1991; W. BOUSSET, *Der Antichrist in der Überlieferung des Judentums, des Neuen Testaments und der alten Kirche*, Göttingen 1895.

³⁶ ADSO DENVENSIS, *De ortu et tempore Antichristi necnon et tractatus qui ab eo dependunt*, ed. D. Verhelst, (Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis, 45), Turholt 1976; E. SACKUR, *Sybillinische Texte*, cit., pp. 99-113; H. D. RAUH, *Das Bild des Antichrist*, cit., pp. 153-64; M. RANGHERI, *La «Epistula ad Gerbergam reginam de ortu et tempore Antichristi» di Adso di Montier-en-Der e le sue fonti*, «Studi Medievali», S. III, 14 (1973), pp. 677-732; R. KONRAD, *De ortu et tempore Antichristi. Antichristvorstellung und Geschichtsbild des Abtes Adso im Montier-en-Der*, Kallmünz 1964; E. BERNHEIM, *Mittelalterliche Zeitanschauungen in ihrem Einfluss auf Politik und Geschichtsschreibung*, I, Tübingen 1918, pp. 63-109.

³⁷ Cfr. E. SACKUR, *Sybillinische Texte*, cit., pp. 125, 134 ss., y 100; N. COHN, *The Pursuit of the Millennium*, London 1957, p. 54; S.G. MERCATI, *È stato trovato il testo greco della Sibilla Tiburtina*, en *PAFKRATEIA. Mélanges Henri Grégoire*, I, Bruxelles 1954, pp. 473-81; P.J. ALEXANDER, *The Oracle of Baalbek. The Tiburtine Sibyl in Greek Dress*, (Dumbarton Oaks Studies, 10), Washington 1967; H.D. RAUH, *Das Bild des Antichrist*, cit.

³⁸ E. SACKUR, *Sybillinische Texte*, cit., pp. 185 ss.

³⁹ Cfr. C. ERDMANN, *Endkaiserglaube und Kreuzzugsgedanke im XII. Jahrhundert*, «Zeitschrift für Kirchengeschichte», 51 (1932), pp. 384-414; P. ALPHANDÉRY, *La Chrétienté et l'idée de Croisade*, 2 voll., 1954-59.

⁴⁰ Cfr. E. WADSTEIN, *Die Eschatologische Ideengruppe. Antichrist, Weltsabbat, Weltende in den Hauptmomenten ihrer christlich-mittelalterlichen Gesamtentwicklung*, Leipzig 1896; B. TÖPFER, *Il regno futuro*, cit., pp. 23-63; M. REEVES, *The influence*, cit., pp. 293-392; N. COHN, *The Pursuit*, cit.; E. BERNHEIM, *Mittelalterliche Zeitanschauungen*, cit., pp. 63-109; R. MANSELLI, *La Lectura*, cit.; O. HOLDER-EGGER, *Italienische Prophetieen des 13. Jahrhunderts*, «Neues Archiv der Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtskunde», 15 (1889-90), p. 141-178; 30 (1905), p. 321-386, 714-715; 33 (1908), p. 95-187; F. KAMPERS, *Kaiserprophetieen und Kaisersagen im Mittelalter. Ein Beitrag zur Geschichte der deutschen Kaiseridee*, München 1895; ID., *Die deutsche Kai-*

te sueva de Federico Barbarroja, el abuelo de Federico II, había surgido también el *Ludus de Antichristo*, que desarrollaba en un modo todavía más decididamente filo imperial el relato del futuro fin de los tiempos, ligando indisolublemente, en una relación ineludible de causa-efecto, la renuncia a la corona imperial en Jerusalén y la irrupción del Anticristo⁴¹. No mucho antes de que Pedro se dispusiese a escribir su *Carmen*, además, Eugenio de Palermo ultimó la traducción latina de la Sibila Eritrea⁴². En definitiva, Pedro de Éboli se encontró en la confluencia de una multiforme tradición místico-profética que, con sus connotaciones más o menos teológico-exegéticas y más o menos popular-imaginíficas, a partir de los últimos decenios del siglo XII, caracterizó sobre todo a la parte de Occidente más ligada al Imperio.

Por tanto, eran intensas las expectativas mesiánicas y milenaristas en la época en que Federico II fue emperador: y, probablemente, sus acciones estuvieron dictadas precisamente por la voluntad intrínseca de adecuarse a tales expectativas. Como quizás sucedió con ocasión de la cruzada que, en 1229, llevó a Federico a convertirse en señor del Reino de Jerusalén. En aquella ocasión se habrían cumplido las profecías sobre el emperador que reuniría Occidente y Oriente, sobre aquel emperador de la paz con el que se habría llegado al fin de los tiempos. En el manifiesto de Jerusalén del 18 de marzo de 1229⁴³, en efecto, Federico se proponía como instrumento de un milagro divino, el de la conquista incruenta y pacífica de la Ciudad Santa. Pero no todos podían aceptar tal actitud, que declaradamente tendía a anular el papel de guía espiritual del mundo reservado al pontífice. Así, la cruzada de Federico fue juzgada blasfema por el papa Gregorio IX, quien ya en 1227 había excomulgado a Federico, y los partidarios del papa hicieron correr el rumor de que Federico había incluso osado ponerse sobre la cabeza con sus propias manos la corona del Reino de Jerusalén⁴⁴. Y, de regreso a Italia, Federico halló también su Reino ocupado por las tropas papales.

seridee in Prophetie und Sage, München 1896; ID., *Vom Werdegange der abendländischen Kaisermystik*, Leipzig-Berlin 1924; H.M. SCHALLER, *Endzeit-Erwartung und Antichrist-Vorstellungen in der Politik des 13. Jahrhunderts*, en *Stupor Mundi*, ed. G. Wolf (Wege der Forschung, 101), Darmstadt 1982, pp. 418-48; R. RUSCONI, *L'attesa della fine*, Roma 1979; C. HILL, *L'Anticristo nel Seicento inglese*, Milano 1990 (ed. or., Oxford 1971); G.M. BARBUTO, *Il principe e l'Anticristo*, Napoli 1994.

⁴¹ G. GÜNTHER, *Der Antichrist. Der Staufische Ludus de Antichristo*, Hamburg 1970; K. HAUCK, *Zur Genealogie und Gestalt des Staufischen Ludus de Antichristo*, «Germanisch-Romanische Monatsschrift», 33 (1951-52), pp. 21 ss.

⁴² O. HOLDER-EGGER, *Italienische Prophetien*, cit., 15 (1889-90), pp. 151-73; 30 (1905), pp. 323-35; E. JAMISON, *Admiral Eugenius of Sicily*, London 1957, pp. XX-XXI e *passim*; E. KANTOROWICZ, *Zu den Rechtsgrundlagen der Kaisersage*, en ID., *Selected Studies*, Locust Valley-New York 1965, pp. 284-307.

⁴³ *Die Konstitutionen Friedrichs II. für das Königreich Sizilien*, [MGH, *Const.*, II suppl.], ed. W. Stürner, Hannover 1996, (MGH, *Const.*, II), n. 122, pp. 162-67; J.F. BÖHMER-J. FICKER-E. WINKELMANN, *Die Regesten des Kaiserreichs unter Philipp, Otto IV., Friedrich II., Heinrich (VII.), Conrad IV., Heinrich Raspe, Wilhelm und Richard 1198-1272* [Reg. Imp. V,1-3], Innsbruck 1881-1901, (BF), y integración de P. ZINSMAIER, *Nachträge und Ergänzungen*, [Reg. Imp. V, 4], Köln-Wien 1983, (Z), n. 1738.

⁴⁴ Cfr. H.E. MAYER, *Das Pontificale von Tyrus und die Krönung der lateinischen Könige von Jerusalem*, pp. 200-10

Pero la leyenda de Federico está todavía lejos de alcanzar su culminación: ello ocurrirá sobre todo en torno a 1239, cuando, precisamente, se agudizó el enfrentamiento con los *Comuni* de la Italia septentrional, apoyados y defendidos por el papa, que excomulgó al emperador por segunda vez. En este contexto, Federico estuvo obligado a modificar los términos de su propia concepción del poder. La conciencia de la propia función se transformó de universalista en absolutista, dirigida a la reivindicación de una supremacía no sólo temporal sino también espiritual. El enfrentamiento propagandístico fue impulsado por el papa Gregorio IX y por quien escribía sus manifiestos políticos, Raniero de Viterbo, que se hallaba muy cercano a los círculos joaquinitas. En mayo o junio de 1239 Gregorio IX empezó a asimilar a Federico II con la bestia apocalíptica, que, llena de nombres blasfemos, surge del mar con garras de oso y boca de león; Federico era el dragón satánico, el martillo que destruiría el universo, la serpiente, el preámbulo del Anticristo, que había osado incluso decir que Cristo era un impostor y que había negado el dogma de la virginidad de María⁴⁵. La respuesta de Federico II fue inmediata: la luz del poder papal quería eclipsar la de la autoridad imperial; y, especialmente, la bestia infernal era el papa: era él el que, como el caballo rojo del Apocalipsis, arrebatava la paz a la tierra, él era el anticristo, que había osado acusarle de haber hecho afirmaciones blasfemas, expresiones, en cambio, de la confusión infernal de la que estaba invadido el papa⁴⁶. Y el enfrentamiento continuó todavía durante largo tiempo, con otros violentísimos documentos, escritos ya sea por la cancillería papal, ya sea por la imperial, publicados también con ocasión de la deposición de Federico II, proclamada en el concilio de Lión de 1245⁴⁷.

Con seguridad el ardor de la lucha política contra Gregorio IX contribuyó no poco a extremar las posiciones, hasta el punto de empujar a alguien a pensar que Federico quería fundar una nueva Iglesia para suplantarse a la romana⁴⁸, pero la trayectoria de este cambio había sido trazada desde el principio, desde cuando el joven soberano había sido reconocido – ya por Pedro de Éboli – como el emperador del fin de los tiempos destinado a renovar en la tierra la edad de oro y, todavía antes, desde que la más antigua tradición política y propagandística había asimilado al representante del poder temporal con la figura celeste. Cuando Gregorio IX intentó contraponer a la caracterización sobrehumana de representante de Dios, la del mensajero infernal, Federico no encontró medio más eficaz que el de llevar hasta el final la asimilación al *typus Christi* y a las entidades angélicas⁴⁹, valiéndose, por otra parte, de una praxis ya muy difundida en la propaganda de los emperadores occidentales y orientales. Puesto en este camino, Federico no hizo más que dar otro paso. Si todo el mundo le debía obediencia, al ser punto de coincidencia entre lo terrenal y lo celestial, él no podía dejar de imponer su poder como algo excepcional e ilimitado. Si él era realmente el representante de Dios, no sólo los hombres, sino también los elementos le debían sumisión, tal como si asevera – más allá de

⁴⁵ Cfr. *Epistolae saeculi XIII e regestis pontificum Romanorum selectae*, ed. C. Rodenberg, [MGH *Epistolae saeculi XIII*], I, Hannoverae 1883, (MGH, *Epp. saec. XIII*, 1), pp. 646-54, nr. 750 [BF 7241, 7245, 14850].

⁴⁶ Cfr. HB V, pp. 348-51 [BF 2454].

⁴⁷ Cfr. H.M. SCHALLER, *Endzeit-Erwartung*, cit., pp. 433 ss.

⁴⁸ J.L.A. HUIILLARD-BRÉHOLLES, *Vie et correspondance de Pierre de la Vigne*, Paris 1865, pp. 160-245.

⁴⁹ Cfr. E. KANTOROWICZ, *I due corpi del re*, Torino 1989, (ed. or. Princeton 1957), pp. 39-75.

cualquier tópico – en una carta de Terrisio de Atina, en la que se describen los resultados de la conjura contra Federico de 1246.

«Sane huius mali presagia docuerunt quatuor elementa. Nam totus ille dies predestinatus ad mortem abiit luctuosus et mestus: sol non apparuit neque luna per noctem; pallescere visa sunt sydera; pluit aer ymbres sanguineos; in altum equora tumuerunt; terre superficiem densitas cohoperuit tenebrarum; de igne supremo coruscaciones fulgura et tonitrua prodierunt»⁵⁰.

«Los cuatro elementos declararon los presagios de este mal. En efecto, aquel día, destinado a la muerte, se fue en luto y tristeza: el sol y la luna no aparecieron; se vieron las estrellas palidecer; desde el cielo cayó lluvia de sangre, las llanuras del cielo se hincharon, la densidad de las tinieblas cubrió la superficie terrestre; desde la esfera del fuego salieron relámpagos, rayos y truenos».

No se trata aquí sólo de un *planctus naturae*, que se remonta a la Sagradas Escrituras sobre la muerte de Cristo y a las visiones apocalípticas. En la trama de esta carta, la Naturaleza no puede dejar de intervenir; es ella misma, en cambio, que toma venganza de los impíos traidores

«ad quorum vindictas tota elementorum turba convenit ea ratione, quod ex quatuor elementis mundo globato multa pericula preparabant»

«Todo el conjunto de los elementos vino a vengarse; porque de los cuatro elementos se preparaban muchos peligros para el globo terrestre».

Es precisamente remontándose a los cuatro elementos que Federico, su señor, castigará a los traidores, arrastrándolos, ahorcándolos, ahogándolos o quemándolos.

«Primo itaque corporeis oculis obcecatis, quos dyabolus in cordibus excecarat, per pulvur[ul]entam terram ad caudas equorum sunt distracti, quia ipsam polluere innocuo sanguine cogitarunt. Quosdam autem vivos vicinum mare obsorbuit, quia calicem amaritudinis fidelibus propinabant. In aere suspensi sunt pro eo, quod in prolacione nephandi consilii aerem infecerant. Postremo vero ignis ultima pena illos finaliter concremavit, qui inventi sunt ignem fidei penitus extinxisse».

«En un principio, cegados los ojos del cuerpo, los que el diablo había cegado e el alma, tras haber sido colgados a las colas de los caballos, fueron arrastrados por la tierra polvorienta, porque habían creído ensuciarla con sangre inocente. Alguno, además, los bebió vivos el mar cercano, porque habían ofrecido a los fieles el cáliz de la amargura. Otros fueron suspendidos

⁵⁰ *Acta imperii inedita*, ed. E. Winkelmann, I, Innsbruck 1880, (WActa), nr. 725, p. 571 [BF 3569 Z]; F. TORRACA, *Maestro Terrisio di Atina*, «Archivio storico per le Province Napoletane», 36 (1911), pp. 244-46; HB, VI, p. 438 [*Epist.*, II 20; BF 3565 Z].

en el aire, porque habían corrompido el aire con la difusión de su nefasto propósito. Finalmente, como última pena, les quemó el fuego, porque se encontró que habían extinguido el fuego de la fidelidad».

Los conjurados han cometido un autentico sacrilegio, inspirados por Satanás; antes bien, ellos mismos son instrumentos de Satanás en permanente lucha con Dios.

«Pro nefas et plus quam nefas! Quid unquam in generacionibus seculorum huic nephando proposito posset nephandius inveniri, non video, quoniam ille aquilonarius princeps Sathanas, qui semper nititur ad forcia, non tantum presumpsisse videtur, qui deitati solis suam ex obposito sedem voluit adequare».

«¡Cosa nefasta y más que nefasta! Porque, en la sucesión de los siglos, no veo que se pueda encontrar algo más nefasto de este propósito nefasto, ya que el príncipe Satanás, quien siempre tiende a la violencia, no parece haber nunca llegado a tanto, puesto que quiso adecuar su sede a la divinidad del Sol, estando en la opuesta oscuridad».

Por lo demás, es precisamente en enfrentamiento entre Satanás y Dios, que culmina en el *dies irae*, el que se anticipa, en sus manifestaciones apocalípticas, en la venganza llevada a cabo por la Naturaleza contra los sacrílegos traidores de Federico. Y justamente la conjura contra Federico representa lo más impío que haya sido jamás cometido.

«De tanto namque contencio [non] multum distat ad destruccionem tocius, ad homicidii pravitatem. Non tantum illius gigantea moles, que celum attingere nitebatur; non tantum Babillonice turris ereccio contra fortem, timens diluvium iterari; non tantum illius Scarioth iniqua prodicio in dominum et magistrum, qui mortem, quam verax magister futuram predixerat, voluit sibi facere lucrativam».

«La contraposición no está tan lejos de la destrucción del universo, de la maldad del homicidio; de la construcción de ese gigante que deseaba llegar al cielo; del levantamiento de la torre de Babilonia, que hizo temer un segundo diluvio; de la abyecta traición perpetrada contra su maestro y señor por Judas Iscariote, quien quiso ganar dinero con la muerte que el verdadero Maestro ya había predicho como próxima».

Los ejemplos referidos aquí por Terrisio, en un clímax de inesperada fuerza ascendiente, culminan incluso en la traición perpetrada por Judas; pero también ello es menos grave en comparación con la conjura contra Federico, quien también en otras ocasiones se comparó al Redentor que era crucificado por segunda vez⁵¹.

Naturalmente, al describir de tal manera la entidad de su poder, Federico contribuyó a dar de sí mismo una imagen de carácter muy ambiguo, destinada a insinuarse en los pliegos insondables de la imaginación colectiva, y a transportar la realidad dentro de los territorios del

⁵¹ HB, VI, p. 711 [PETRUS DE VINEA, *Epist.*, I, 18; BF 3766 Z].

mito. Un mito que debió seguramente crearse mientras que Federico estaba todavía vivo, pero que se desarrolló de manera extraordinaria sobre todo después de su muerte, y sobre todo en Toscana, donde existía tanto un activo guibelinismo como un cierto güelfismo anticurial y laico – corriente, esta última, a la que pertenecía Dante⁵².

Así, mientras que para sus partidarios, Federico se representaba como el Emperador del fin de los tiempos, el que volvería a llevar a la tierra la edad de oro, por sus detractores se le describía como el Anticristo, es decir, como el que provocaría el extremo enfrentamiento apocalíptico entre las fuerzas del Bien y las fuerzas del Mal. Esta manera de transformación en términos teleológicos del modo de concebir el papel del representante del poder secular, encuentra con seguridad su justificación en la difusión de las nuevas tensiones espirituales que, entre los ss. XII y XIII, se expresaron en la producción de los vaticinios sibilinos, por un lado, y, por otro, en las interpretaciones bíblicas y proféticas al estilo de Joaquín de Fiore. Dos expresiones de las expectativas milenaristas que, en ocasiones, se confundieron entre sí, pero que obedecían a distintos principios de inspiración, y que encontraron también distintas aplicaciones prácticas, puesto que vinieron a contraponerse en la propaganda de los dos adversarios, convertidos ya en enemigos irreductibles, el Papa y el Emperador. De hecho, la producción sibilina, la que describía con más detalle el advenimiento de la edad feliz que, bajo la guía de un soberano universal, precedería el fin de los tiempos, fue utilizada para ensalzar la figura de Federico; la de Joaquín, que negaba prácticamente cualquier papel a las instituciones políticas seculares, fue, en cambio, empleada para asimilar al emperador suebo al Anticristo. Como contraprueba, se evidencian por un lado, las estrechas relaciones entre Godofredo de Viterbo, que fue el más inmediato inspirador de Pedro de Éboli, y los vaticinios sibilinos⁵³; por otro lado, el papel central desarrollado por el cardenal Raniero de Viterbo, con seguridad muy cercano a los círculos joaquinistas, en la organización de la propaganda del Papa Gregorio IX⁵⁴.

Sobre todo en el ámbito de la prosecución del enfrentamiento entre Papado e Imperio, que llegó a su cenit cuando Federico II fue excomulgado por Gregorio, la figura del Emperador suebo comenzó a asumir los rasgos ficticios del paradigma fantástico de cualquier inspiración ideal y cualquier miedo ancestral, del bien y del mal⁵⁵. Y este proceso de transfiguración vino a envolver no sólo cada momento de la vida de Federico, sino incluso el de su muerte. Precisamente como había sucedido en el caso de su antiguo predecesor Carlomagno, o por su abuelo, Federico I, Barbarroja, se dijo, después de su muerte en 1250, que Federico – nuevo rey Erla, luz de la hueste de los muertos vivientes – estaba todavía vivo y se había refugiado en el Etna, el *mons Gebellus*, sede tradicional de demonio. Incluso, un franciscano siciliano contó

⁵² Cfr. F. DELLE DONNE, *Politica e Letteratura nel Mezzogiorno Medievale*, Salerno 2001, pp. 101 ss.

⁵³ Cfr. F. DELLE DONNE, *Politica e Letteratura*, cit., pp. 43 ss.

⁵⁴ Cfr. H.M. SCHALLER, *Endzeit-Erwartung*, cit., p. 433.

⁵⁵ Cfr. G. WOLF, *Kaiser und Papst als Protagonisten der Guten und Bösen in der Späteren Kaiserzeit – Ein »phänomenologischer« Versuch*, en *Die mächte des Guten und Bösen. Vorstellungen im XII. und XIII. Jahrhundert über ihr Wirken in der Heilsgeschichte*, ed. A. Zimmermann, [Miscellanea Mediaevalia 11], Berlin-New York 1977, pp. 410-16.

que, entrado en oración en las orillas del mar, de repente había visto una hueste de cinco mil caballeros, que se había hundido en el mar; las olas habían hervido, como si las armaduras resplandecientes hubiesen sido de metal ardiendo, y una voz exclamó: «fuit Fredericus imperator, qui ivit in montem Ethne: nam eodem tempore mortuus est Fredericus»⁵⁶: el emperador Federico, recién muerto, estaba entrando en el Etna, sede del demonio. Un Federico, se decía, sería el destructor del mundo⁵⁷. En Alemania, en cambio, los fautores del difunto Emperador, tendían a identificarlo con Odín, y anunciaban su vuelta, porque él solo dominaría sobre todo el orbe cristiano, purificando la Iglesia corrupta⁵⁸.

Cierto debió ser el propio Emperador suebo el que contribuyó de forma decisiva a la formación de su propio mito, y también a la determinación de esa figura demoníaca de Anticristo. Probablemente, cada gesto, cada acción suyos, eran pensados de tal manera que podían ser interpretados tanto como obra del Mesías enviado en la tierra como representante de Dios, cuanto como obra del Anticristo, la bestia demoníaca que llevaría a la disolución de la Cristiandad. Cunado hizo la Cruzada, su ingreso triunfal en Jerusalén pudo verse bien como el del Emperador del fin de los tiempos – quien, reuniendo Occidente y Oriente volvería a traer la edad de oro vaticinada por los oráculos sibilinos –, bien como la realización del reino del Anticristo, también anunciada por los vaticinios, y confirmada por las interpretaciones bíblicas seudo-joaquinatas, que fijan en 1260 su advenimiento. Cuando se proclamó heredero de David, su papel de Redentor podía confirmar los cálculos cabalísticos que fijan en el año 5000 de los cómputos judíos (el 1240 de la era cristiana) la Revelación del Mesías⁵⁹; pero también podía engendrar el temor de que se tratara de un representante de la Bestia demoníaca acostumbrada a los engaños. Cuando, en la Navidad de 1239, el Emperador avanzó bendiciendo entre la multitud, precedido por la Cruz y por las palabra de Juan Bautista⁶⁰, realizaba un gesto habitual en la tradición real bizantina, alemana y normanda⁶¹, pero tal que podía entenderse como revelador de su naturaleza satánica, porque precisamente de tal manera, se narraba, se comportaría el Anticristo⁶². De manera similar, pudieron difundirse los rumores de que él gustaba de dejarse llamar precursor del Anticristo y que había renegado del dogma de la virginidad de María⁶³.

⁵⁶ THOM. DE ECCLESTON, *De adventu Fratrum Minorum in Angliam*, ed. F. Liebermann, MGH, SS, XXVIII, p. 568.

⁵⁷ Cfr. A. DE STEFANO, *Federico II e le correnti spirituali del suo tempo*, Parma 1981², pp. 133-64.

⁵⁸ Cfr. E. KANTOROWICZ, *Federico II*, cit., p. 685.

⁵⁹ H. BRESSLAU, *Juden und Mongolen 1241*, «Zeitschrift für die Geschichte der Juden in Deutschland», 1 (1887), pp. 99-102; 2 (1888), pp. 382-83; G. WOLF, *Kaiser Friedrich II. und die Juden. Ein Beispiel für den Einfluß der Juden auf diemittelalterliche Geistesgeschichte*, en *Judentum im Mittelalter*, ed. P. Wilpert [Miscellanea mediaevalia 4], Berlin 1966, pp. 435-41; H.M. SCHALLER, *Endzeit-Erwartung*, cit., p. 425.

⁶⁰ WActa, I, n. 723, p. 569 (BF 7549).

⁶¹ Cfr. H.M. SCHALLER, *Die Kaiseridee Friedrichs II*, en *Stupor Mundi*, 1982, cit., p. 514 (*Probleme um Friedrich II*, ed. J. Fleckenstein, Sigmaringen 1974, pp. 109-134; ID., *Stauferzeit. Ausgewählte Aufsätze*, MGH Schriften 38, Hannover 1993, pp. 53-83).

⁶² Cfr. la tradición profético-sibilina sobre el Anticristo y H.M. SCHALLER, *Endzeit-Erwartung*, cit., p. 436.

⁶³ MGH, *Epp. saec. XIII*, cit., p. 653; BF 7245 Z.

En suma, sobre todo a partir de la victoria de Cortenuova (1237) contra los *Comuni* del Norte, es decir, del intento de hacer por fin universal y absoluto su poder, Federico gustó de aparecer con los rasgos del César antiguo, del Emperador mesiánico y el Anticristo; tres epifanías que mostraban las caras de un mismo personaje, que sólo las distintas circunstancias hacían parecer diverso y mudable⁶⁴. Él supo aprovecharse, de manera absolutamente única, las aspiraciones de un mundo que sentía como inminente su propio fin. Probablemente de tal manera, Federico, como hemos dicho, no hizo más que seguir el camino ya trazado por sus antepasados suebos. Pero quizá, respecto de sus antecesores, exasperó el carácter irracional de la propaganda imperial, adueñándose de los miedos ancestrales y de los deseos inexpressados de quien sólo esperaba ser salvado del abismo de la eternidad del más allá. Atrapado en este trágico juego, no debió cuidarse de ser paragonado, no sólo con la figura positiva del Emperador del fin de los tiempos, sino también a la negativa del Anticristo. Es más, quizá debió complacerse de ello, siguiendo el mismo talante de otros poderosos, como, por ejemplo, los Lusignano⁶⁵, quienes cultivaron en su propio provecho las leyendas, tremendas y maravillosas, florecidas en torno a sus propios personajes. Esto también, por otra parte, podía ser un medio para generar un saludable temor reverencial en sus súbditos y en sus enemigos⁶⁶.

⁶⁴ Cfr. E. KANTOROWICZ, *Federico II*, cit., p. 618.

⁶⁵ Sobre los Lusignano y Melusina cfr. J. KÖHLER, *Der Ursprung der Melusinensage*, Leipzig 1895; J. LE GOFF, *Melusina materna e dissodatrice*, en ID., *Tempo della Chiesa e tempo del mercante*, Torino 1977, pp. 309 ss. (ed. or. «Annales ESC», 1971, pp. 587-622); F. CLIER-COLOMBANI, *La fée Mélusine au Moyen Age. Images, mythes et symboles*, Paris 1991; B. LUNDT, *Melusine und Merlin im Mittelalter*, München 1991; A. MÜHLER, *>Melusine< und >Fortunatus<*, Tübingen 1993.

⁶⁶ Cfr. A. VARVARO, *Apparizioni fantastiche*, Bologna 1994, p. 109.